Newton Compton Editores

© 2026, Carlos Luna Olivares
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88015-83-0
DL: B 11.845-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en noviembre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Esta obra está protegida por la legislación vigente en materia de propiedad intelectual. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley. Asimismo, de conformidad con el artículo 4.3 de la Directiva (UE) 2019/790 y con el artículo 67.3 del Real Decreto-ley 24/2021, de 2 de noviembre, el titular de los derechos reserva expresamente cualquier uso de esta obra y de cualquiera de sus partes con fines de minería de textos y datos, incluida su reproducción o extracción mediante sistemas automatizados, algoritmos o sistemas de inteligencia artificial, así como su utilización para el entrenamiento, desarrollo o mejora de modelos de inteligencia artificial, incluidos los modelos generativos.

Carlos Luna

La catedral de los muertos

Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

A Marina Sánchez, que leyó este libro
antes de que yo lo escribiera.

NOTA DEL AUTOR

Toledo no solo fue el corazón religioso de un imperio. Fue también su secreto más oscuro.

Allí cohabitaron tres culturas hasta que el Decreto de la Alhambra firmó, en un solo día, el final de algo que había tardado siglos en construirse.

Lo que sobrevivió no lo hizo a plena luz. Lo hizo bajo tierra, en túneles documentados que todavía hoy no han sido cartografiados, en rituales que la Inquisición persiguió sin lograr extinguir por completo, en doctrinas que aprendieron a transmitirse en silencio, de generación en generación.

Las ideas que se persiguen no mueren. Se vuelven clandestinas.

Y lo clandestino, en una ciudad con dos mil años de historia, encuentra siempre la forma de continuar.

En mayo de 1988, el Congreso de los Diputados creó una comisión para el estudio de las sectas destructivas en España, con especial atención a Toledo. Diez años más tarde, se llevó a cabo una intensa investigación por la aparición de numerosa simbología de índole satánica en la capital de Castilla-La Mancha. La Policía Nacional mantiene hoy operativos activos contra ellas.

Esta novela es ficción.

La oscuridad que la sostiene, no.

PRÓLOGO

Madrid
Veintiún años antes

Volvía la vista atrás cada diez pasos. Ni uno más, ni uno menos. El eco del tacón de sus zapatos sobre el pavimento era un reloj de cuco. La cuenta atrás antes de volverse.

Sabía que alguien lo seguía desde hacía días, puede que semanas.

Sabía también que llevaba tiempo sin dormir, sin alimentarse más que de las escuchas que atiborraban los casetes de la Unidad Central de Información Exterior. O, dicho de otra forma, de terrorismo. No eran días gloriosos para ningún ciudadano. Menos aún para quienes osaban llamar a las puertas del mal con una placa colgada del pecho.

Se subió el cuello del abrigo de paño cuando un Peugeot blanco con matrícula francesa lo rebasó, aunque quiso atribuirlo a un azote de frío. Descendía por la pendiente del paseo de Juan XXIII apresuradamente. Mantenía distancia con los vehículos aparcados y con los pocos transeúntes que rondaban la noche. A duras penas se zafaba del vaho que desprendía su aliento agitado, que le nublaba el campo de visión durante centésimas de segundo. Y es que ser visto por los ojos de los malos podía ser muy peligroso. Ser visto por los buenos, sin embargo, podía ser mucho peor.

Al fin llegó al parque del Canalillo.

La reconoció por un tirabuzón que la brisa había liberado de su melena. Esperaba tras el grueso tronco de un arce. Se acercó mientras el eco de sus pasos marcaba el ritmo, de nuevo, como un reloj de cuco. Diez pasos: la distancia exacta que siempre guardaba con ella.

Se volvió una última vez antes de detenerse. Estaban solos.

Entonces ella le tendió un sobre a la altura de la pelvis.

–No lo abras aquí ni en comisaría –le pidió al tiempo que él se lo guardaba en el bolsillo interior de su abrigo–. Ábrelo en un lugar seguro.

–Te dije que pararas, que miraras hacia otro lado y que olvidaras todo esto…

El policía levantó la vista sobre el hombro y, con un gesto de barbilla, señaló un coche aparcado a pocos metros. Dentro, en el asiento trasero, una niña dormía.

–Estás en peligro. Estáis en peligro –continuó, devolviendo la mirada al vehículo para arrastrarla después, con más fuerza, hacia los ojos de ella–. ¿No te das cuenta? La puerta a la que llamas es la puerta equivocada. Y si te abren…

Los coches, las matrículas sospechosas, los transeúntes y el mismo mundo habían desaparecido de su cabeza. Solo importaba ella.

–Estoy llamando a la puerta de la verdad.

–Pero la verdad no siempre es la respuesta –concluyó el policía–. Y la verdad que quieres tiene un precio.

Ella le dedicó una mueca que la oscuridad deformaría para siempre. No supo si aquella expresión quiso ser una sonrisa cálida o una despedida cargada de miedo. Le tomó con ternura la barbilla recién afeitada y, antes de soltarla, dejó que los dedos se demoraran un instante sobre su piel. La penumbra del arce le desdibujó la mirada cuando dio un

paso atrás. Se alejó y, cuando el policía volvió en sí, el motor ya estaba en marcha.

La niña, que se había despertado, lo saludó desde la ventana.

La mujer bajó la ventanilla del copiloto y se dirigió a él.

–Y aflójate un poco la corbata… –dijo con picardía–. Pareces un predicador.

Aquella sería la última vez que la vería.

CAPÍTULO 1

Toledo
Noche del 25 de mayo, año del Señor de 1497
Festividad del Corpus Christi

La primera gota de sangre cayó sobre el tomillo. Los tallos aplastados a pisotones, frescos todavía, se tiñeron de escarlata como se tiñe el pedúnculo de una manzana al sumergirla en cera.

El suelo de las calles olía a romero machacado y a grasa de las antorchas. Toledo lo había preparado todo para que el paso del Santísimo tuviera aroma. También para que nadie percibiera el hedor de las úlceras supurantes provocadas por la peste bubónica.

La procesión se aproximaba a la catedral con una lentitud que imponía obediencia. No era un desfile religioso, sino una demostración de mando. El barrio se había engalanado para la ocasión: toldos tendidos, balcones con colgaduras de seda y terciopelo, faroles y guirnaldas atados a las paredes.

La multitud llevaba reunida allí desde mucho antes de que sonara la primera trompeta, ocupando la calle con una disposición que no respondía a ningún orden de clases y que, sin embargo, todos respetaban. Cada cual sabía dónde situarse porque así lo habían hecho sus padres y los padres de sus padres. Los curtidores y los herreros permanecían cerca de

los soportales, con el olor del trabajo aún prendido en la ropa; los mercaderes buscaban las esquinas abiertas, desde las que podían ver la llegada del cortejo sin perder de vista a los aprendices que custodiaban los puestos cerrados. Más atrás, al abrigo de los balcones, se agrupaban las mujeres. Llevaban mantos ceñidos al rostro, rosarios de madera entre los dedos y niños dormidos apoyados contra la cadera.

Los alguaciles patrullaban en parejas, atentos a manos rápidas y a cualquier pelea que pudiera romper la compostura de la procesión, aunque pocos confiaban en que estuvieran allí para proteger a nadie. Quien perdía una bolsa esa noche podía darse por satisfecho si con ella no perdía también la vida.

Toledo no necesitaba gritos para ejercer la violencia. La llevaba cosida a la ropa, mezclada con el humo de los hogares, incrustada en los gestos de quien cobra y quien paga. Había quienes la ejercían sin esfuerzo, como una extensión natural de su lugar en el mundo; otros la asumían con la resignación de quien paga un tributo que nadie discute. La sangre no detenía la ciudad, apenas alteraba su ritmo. La muerte de un desconocido se perdía en el pulso de la ciudad.

El poder tampoco necesitaba anunciarse. Bastaba observar cómo se abrían los huecos en la multitud. La jerarquía se camuflaba en la distancia. Quienes vestían buena lana avanzaban sin rozar a nadie. El resto aprendía a apartarse antes incluso de entender por qué lo hacía. No era necesario alzar la voz cuando el propio cuerpo ya ocupaba el lugar que le correspondía. Las sayas remendadas, las capas vueltas para ocultar el desgaste y las telas bastas castigadas por el uso construían un paisaje uniforme, casi sin matices. Los pies, envueltos en tiras de tela, golpeaban la piedra con una resistencia muda. Y, sin embargo, entre ese gris, aparecían señales de otro nivel de existencia: un ribete de piel que no debía estar ahí, una

hebilla trabajada con precisión, el lino de una toca que no conocía el polvo o el destello de un broche que aún no había sido vencido por el tiempo.

Aun así, nadie buscaba llamar demasiado la atención. Aquella noche la ciudad no pertenecía a quienes caminaban por sus calles.

Pertenecía al rito.

Y es que Toledo no era una ciudad cualquiera.

Desde sus murallas se gobernaban territorios lejanos y, en estancias reservadas al poder, se tomaban decisiones cuyo eco rara vez descendía hasta las calles. Mercaderes, escribanos, clérigos y emisarios cruzaban sus puertas con noticias que podían cambiar fronteras o arruinar linajes enteros. La riqueza circulaba en silencio, protegida por sellos y espadas, mientras la mayoría observaba desde abajo sin comprender los designios que regían la ciudad.

Las trompetas anunciaron el avance antes de que la multitud pudiera verlo. Después llegaron los atabales, marcando un pulso grave y constante que ordenaba el movimiento de la calle. No era una música festiva, sino un sonido destinado a abrir paso y mantener el orden del cortejo. La claridad de los cirios llegó antes que la procesión misma.

Avanzaba sostenida por manos infantiles que mantenían una gravedad impropia de su edad, adiestradas en la disciplina del templo antes que en el juego. La cera caía sobre los dedos, formando costras blanquecinas. El dolor, de alguna forma, era parte de la penitencia.

Detrás de los monaguillos aparecieron los danzantes. Vestían figuras alegóricas reconocibles incluso para quienes no sabían leer y hacían visible aquello que repetían los sermones: el pecado, el castigo, la tentación. Sus rostros parecían de otros mundos. Estaban modelados en cuero endurecido, con facciones agrandadas más allá de toda proporción humana:

bocas abiertas en una mueca, dientes largos y cejas arqueadas. Las cuencas de los ojos, reducidas a hendiduras, no devolvían mirada alguna. A cada paso, a cada salto, el sonido de sus cascabeles completaba la imagen de una presencia pensada para ser recordada. Aquellas danzas formaban parte del orden pedagógico del Corpus: eran la manera en que la Iglesia hacía legible su doctrina para un pueblo que aprendía mirando antes que escuchando.

Nadie habló cuando la procesión terminó de cruzar el umbral de la catedral.

La línea de cirios avanzó primero por la nave central, prolongando hacia la oscuridad el temblor de la luz exterior. Tras ella entraron los monaguillos, los acólitos, los danzantes, ya silenciosos, y, finalmente, el núcleo del cortejo que protegía la custodia.

Fuera, la multitud había formado un solo cuerpo.

Dentro, el paso se recogía en su casa.

La catedral escondía sus límites. La altura comenzaba donde terminaba la luz y, a partir de ese punto, la piedra quedaba entregada a la sombra. Las columnas ascendían con una continuidad que la mirada no lograba seguir hasta el final y las nervaduras góticas se cruzaban en lo alto, ocultas en la oscuridad.

La custodia estaba conformada por dos cuerpos de plata esmaltada, uno dentro del otro: fuera, un templete de agujas y arquerías, una catedral en miniatura; dentro, encajado y extraíble, el ostensorio, un sol de rayos rematado en una cruceta. Todo ello descansaba sobre una peana atravesada por varales y, bajo aquellos casi doscientos kilos, los porteadores avanzaban a pasos cortos, con el cuello hundido entre los hombros. La claridad temblorosa de los cirios se quebraba sobre la plata en destellos incapaces de dominar el espacio que la rodeaba.

A ambos lados de la nave, las capillas dejaban ver retablos antiguos, sepulcros gastados por el tiempo y lámparas votivas cuya llama permanecía resguardada en un recogimiento que las corrientes de aire no conseguían vencer.

El avance se hizo más lento al aproximarse al altar mayor. Allí la ceremonia alcanzaba su origen y su destino y, al mismo tiempo, comenzaba a disolverse. Los cantos descendieron hasta convertirse en un murmullo que apenas se distinguía del eco de la catedral. Los pasos parecían ahogarse bajo las losas funerarias que cubrían el suelo.

Cuando el cortejo se dirigió hacia la girola para completar la retirada, la luz se fragmentó en sombras más profundas. Las capillas radiales abrían su oscuridad una tras otra, apenas rozadas por los latidos de las llamas. Era un espacio de tránsito reservado al final del rito, donde la solemnidad cedía paso a un silencio más íntimo.

El cortejo cercó el altar mayor con la dilación que exigía la ceremonia y, tras completar el giro, inició la retirada. A partir de ese punto la luz dejó de ser continua. Las antorchas ya no iluminaban el espacio abierto de la nave, sino tramos de piedra que aparecían y desaparecían al compás de la marcha. Cada avance revelaba una capilla distinta y la devolvía enseguida a la oscuridad.

El sonido también cambió. Los cantos, que en la nave se elevaban con claridad, llegaban allí amortiguados, contenidos por la curvatura del muro y por la proximidad de los sepulcros. Solo se oía el roce de las telas, el crujido de la madera y la cera que caía sobre la piedra funeraria.

Nada indicaba todavía que el orden pudiera quebrarse.

Pero uno de los porteadores redujo el paso al levantar la vista para asegurar el cirio.

En una de aquellas capillas la penumbra no respondía al mismo ritmo que las demás. Permanecía fija cuando la luz avan-

zaba; era una herida en un lugar sin carne. Fue en ese momento cuando algo dejó de pertenecer al orden previsto.

Entonces comprendió que aquella sombra no era una sombra.

El porteador levantó la mano derecha y apuntó con el índice hacia su diagonal. El eco de los cantos reverberó unos escasos segundos antes de agonizar entre los arcos. Todos dejaron incompletos sus pasos, pues la muerte acababa de recorrer el deambulatorio.

Un cuerpo en posición de crucifixión se elevaba ante sus ojos.

La abertura de la túnica que vestía dejaba el torso expuesto hasta la base del esternón. Sobre la piel, se abría un círculo trazado sin desviación, inciso con una constancia paciente que excluía cualquier arrebato. A ojos del inquieto, era una herida desordenada, pero el contorno resultaba exacto, cerrado, como si hubiese sido medido antes de ejecutarse.

Dentro de ese límite, una inscripción descendía siguiendo la curvatura del pecho. Las letras, profundas e irregulares en los bordes, delataban la resistencia del cuerpo durante el trazado. En algunos puntos, la piel se había abierto más de lo necesario, dejando ver un tono oscuro que la sangre no llegaba a cubrir del todo. Allí el rojo no corría; se espesaba, adherido a los surcos, y fijaba las palabras en la carne:

DESCENSVS PRIMVS
SACRILEGIVM

El conjunto, a ojos del sosegado, transmitía más devoción que furia.

No había violencia inútil ni el habitual desorden que la muerte deja a su paso, sino una composición deliberada que convertía el cuerpo en soporte de un mensaje.

El cadáver permanecía erguido contra el muro del fondo de la capilla, sostenido por ligaduras que fijaban las muñecas a ambos lados, a la altura de los anclajes de hierro de las lámparas. Los brazos abiertos reproducían la forma de una crucifixión. Los pies, alineados, apenas tocaban la losa funeraria, en una suspensión incompleta que les negaba cualquier apariencia de descanso. La cabeza caía hacia delante.

El rostro quedaba oculto bajo una careta de danzante del Corpus, moldeada en cuero oscuro. La pieza exageraba los rasgos humanos hasta volverlos casi demoníacos: la boca abierta en exceso, los dientes marcados con incisiones regulares, las aberturas de los ojos reducidas a rendijas que no permitían ver la mirada. De una de las cintas laterales colgaba un pequeño cascabel de bronce.

Cada elemento obedecía a una voluntad que los presentes reconocieron antes de poder entenderla. Solo el mismísimo diablo podía haber profanado una noche tan sagrada.

Nadie avanzó hacia la capilla. La quietud que había sostenido la ceremonia se quebró cuando el pánico hizo temblar las manos de los porteadores y varios cirios cayeron al suelo. La cera hirviente se enfrió sobre el mármol antes de que las llamas cedieran definitivamente. Entonces, el deambulatorio quedó sumido en la oscuridad.

Todos huyeron sin mirar atrás. Necesitaban protegerse de aquello que ya empezaban a atribuir, en voz baja, a la obra del diablo.

CAPÍTULO 2

Catedral de Toledo
Viernes, 22 de diciembre de 2023

A primera hora del día, la catedral permanecía cerrada al público, tomada por andamios, cables y focos de trabajo. La nave central quedaba en penumbra, sin el murmullo del turismo ni el rumor habitual de los guías. En el suelo, los itinerarios de cuerda y cinta marcaban por dónde estaba permitido caminar. Sobre las losas se acumulaban placas de protección, tablones, sacos de cal y cubetas con agua turbia. Un cable grueso cruzaba el pabellón y trepaba por un pilar hasta perderse en el entramado de andamios, donde varios focos arrancaban del gótico una luz blanca que revelaba cada irregularidad de la superficie. En la girola, la temperatura era varios grados inferior a la del exterior, retenida en la piedra húmeda y en la escasa ventilación del espacio.

Los restauradores se aplicaban dentro de esa frontera invisible: por encima, el presente; por debajo, un enigma. Tras la verja de la capilla de santa Lucía se trabajaba con paciencia y poco espacio. Dos restauradores ajustaban arneses, revisaban la sujeción de un tablero y consultaban un plano plastificado con anotaciones a lápiz. El proceso exigía una precisión absoluta: medir, fotografiar, volver a medir; registrar cada cambio; no actuar sobre ningún elemento sin dejar constan-

cia ante el Cabildo de la Catedral Primada de Toledo y los técnicos de Patrimonio de la Junta de Castilla-La Mancha, promotores de la intervención.

El responsable de la intervención, Mateo Castellanos, llevaba semanas allí. A primera vista no destacaba entre sus colegas: manos ásperas, barba rala, una camiseta gris cubierta de polvo fino y un reloj barato en la muñeca. Solo la forma de mirar la pared lo diferenciaba del visitante. No observaba en busca de belleza, sino de fallos. Había aprendido a desconfiar de las superficies intactas.

En la restauración, lo verdaderamente importante casi nunca se mostraba de frente. Estaba en los detalles mínimos: una variación de milímetros, una grieta que no seguía la dirección esperada, una junta que no encajaba, una diferencia en el tono del mortero o una vibración mínima al golpear con los nudillos.

–Aquí –dijo sin levantar la voz mientras señalaba la parte alta del retablo–. Este trabajo devolverá tesoros a Toledo, Elena. Esta capilla es una de las más antiguas de la catedral. Data del siglo XIII. Estamos sobre un pozo medieval de la antigua aljama. De hecho, pocos son los historiadores que saben que esta baranda oculta un vacío que desciende varios metros bajo el nivel actual del suelo. Pero dejaré la anécdota histórica para otro momento…

Justo donde la madera envuelta en oro se apoyaba contra el muro de la capilla, la ornamentación se abría en una fisura irregular. No era una grieta del muro ni una rotura del retablo, sino el intersticio que quedaba entre ambos, un punto donde la estructura de madera se separaba unos centímetros de la piedra. Entre el relieve dorado y el paramento grisáceo se abría una cavidad algo estrecha, un orificio que trataba de pasar desapercibido.

La compañera de Mateo se aproximó sujetando la linterna y la dirigió hacia la abertura con un movimiento lento.

–¿Esto siempre ha estado así? –murmuró.

Mateo no respondió. Se inclinó, deslizó una espátula por la línea y escuchó el sonido que producía el material. No era el mismo chillido que devolvía la piedra en el resto del muro. Tampoco era completamente hueco. Allí, justo en la junta donde el retablo se apoyaba contra el paramento de la capilla, la respuesta era distinta: una resistencia amortiguada, irregular. Como si detrás de la cornisa hubiese algo más que madera y anclajes, algo encajado en aquel intersticio, oculto a simple vista.

Pidió el microcincel, el aspirador portátil y la cámara.

Antes de tocar, fotografió la zona. Después, marcó con lápiz el perímetro exacto del hueco. Lo hizo con una minuciosidad casi excesiva. No era obsesión. Era oficio. La catedral solo devolvía sorpresas a quienes eran humildes.

Durante varios segundos, el único sonido fue el de la herramienta raspando el sellado de la junta y la respiración filtrada por las mascarillas. El resto de la catedral parecía haber quedado lejos. Incluso la luz parecía concentrarse allí, detenida en la estrecha línea que corría entre la madera y la piedra.

Comenzó a retirar el material que sellaba la unión, capa a capa. La herramienta vibraba entre los dedos y el polvo se acumulaba en los pliegues de la piel. El aspirador absorbía sin descanso, como una respiración mecánica pegada al paramento. Bajo la luz, la grieta revelaba una cavidad más profunda de lo que parecía en un principio.

Cuando la cuña cedió, no cayó. Se movió lo justo para conseguir crear un espacio del grosor de dos dedos. Mateo metió la punta de la espátula, hizo palanca y retiró la pieza. Detrás no había vacío, sino un hueco protegido por una segunda capa de material endurecido.

«Nadie construye algo así por accidente», concluyó Mateo, que llevaba a sus espaldas varias decenas de restauraciones.

Se quedó inmóvil, midiendo el siguiente gesto.

En ese momento, desde el interior de la catedral llegó un sonido metálico, imposible de ubicar con exactitud. Era un tintineo aislado. Durante un instante, pensaron que un gato se había colado por alguno de los accesos.

Pero entonces se miraron.

–¿Has sido tú? –preguntó ella.

Mateo negó con la cabeza.

Ninguno de los dos se movió.

No fue miedo, sino una interrupción del gesto, una duda que detuvo el cuerpo antes de que la razón pudiera encontrar una explicación. En otro contexto habrían seguido trabajando sin darle importancia, pero allí dentro cualquier sonido aislado adquiría un peso distinto.

Mateo volvió a la grieta. Con los dedos, retiró los restos de mortero endurecido y palpó algo enrollado y atado con una cuerda. Lo sacó despacio.

Eran varias hojas escritas.

No era papel. Parecía pergamino envejecido, de tono amarillento y con bordes irregulares, desgarrados. El cordel lo ceñía en dos vueltas y terminaba en un nudo simple, sin marca ni adorno. En uno de los extremos colgaba un cascabel pequeño, de bronce oscuro, con una ranura fina y un escrupulillo en su interior.

El objeto no parecía simplemente antiguo, sino que presentaba la quietud propia de aquello que ha permanecido oculto durante siglos. El polvo parecía formar parte de él y la cuerda conservaba una rigidez más cercana al abandono que al uso.

Mateo se dio cuenta de que, en la superficie, bajo los residuos que lo cubrían, asomaban unos trazos. No eran marcas

de obra ni anotaciones modernas. Era escritura, caracteres antiguos.

Su compañera tragó saliva.

–¿Qué es eso? –susurró con un hilo de voz.

Mateo no respondió. Era su forma de proceder: analizaba antes de actuar.

Miró la pared abierta, los pergaminos, el cascabel.

Luego, con sumo cuidado, guardó el hallazgo en una funda plástica. El cascabel quedó fuera.

Mientras sellaba nuevamente la cavidad, una idea le cruzó la mente y se desvaneció antes de que pudiera detenerse en ella: aquel hallazgo no terminaba en el muro. No supo de dónde venía esa certeza ni por qué le resultaba tan incómoda. Lo atribuyó al cansancio, a las horas de trabajo y al silencio. Y siguió.

En la nave, a lo lejos, un foco parpadeó y volvió a estabilizarse. El haz de luz recuperó su posición y todo siguió su curso.

Pero el eco del cascabel, aunque había desaparecido, parecía haberse quedado entre ellos.

CAPÍTULO 3

Toledo
Lunes, 25 de diciembre de 2023

Aurelio Vargas llegó a la plaza de Zocodover a las 6:42 h. Lo registró en su libreta con letra clara y huidiza, devorando los márgenes. El centro de Toledo estaba sumido en el ambiente festivo. Las luces cruzaban el aire de fachada a fachada formando una red suspendida sobre el espacio, constelaciones eléctricas que permanecían encendidas desde la noche anterior. Sobre los balcones, entre los soportales, en las cornisas irregulares de los edificios, el montaje navideño parecía haberse integrado en la arquitectura con la naturalidad de aquello que vuelve cada invierno.

El empedrado conservaba el rastro reciente de la Nochebuena. Papeles, restos de envoltorios y botellas se acumulaban junto a las columnas de la plaza, bajo las cruces grabadas sobre su piedra que rendían memoria a los caballeros que se habían batido en duelo de espadas y allí, buscando su honor, habían encontrado la muerte.

No eran más que huellas de una ciudad que se había reunido horas antes y que ahora dormía. Dos operarios municipales avanzaban empujando los carros de limpieza. Las terrazas permanecían en silencio: sillas apiladas, mesas recogidas contra los muros y mantas dobladas sobre las barandillas. En una es-

quina, un bar levantaba la persiana con la parsimonia de quien sabe que la jornada será larga. Todo estaba dispuesto para el momento en que Zocodover volviera a llenarse de voces.

Aurelio levantó la vista hacia el entramado de luces suspendidas sobre la plaza. Dentro de unas horas, la gente volvería a ocuparla y el tiempo corría en su contra. Al aproximarse al perímetro acordonado frente a la Puerta de la Asunción, en la plaza del Ayuntamiento, reconoció de inmediato el dispositivo habitual ante una muerte violenta en un entorno protegido: dos patrullas asegurando los accesos, la furgoneta de la brigada de Policía Científica con el equipo de inspección ocular en el interior y un subinspector coordinándolo todo junto a las vallas metálicas. Más atrás, bloqueando la calle Cardenal Cisneros, un vehículo sin distintivos visibles permanecía con el motor apagado, aguardando la llegada de la comitiva judicial.

Los primeros agentes aún estaban colocando las cintas policiales, pero él no saludó a nadie. Caminó hacia allí con las manos a la espalda. El circo debía desarrollarse en la máxima intimidad, no frente al palacio arzobispal. Se había habilitado el acceso al templo por la Puerta Llana, la entrada del complejo que menos expuesta quedaba a los transeúntes.

Mostró su placa y entró.

Dentro, la temperatura descendía de forma radical. La piedra guardaba el frío acumulado durante la noche. La nave central permanecía parcialmente a oscuras, interrumpida por focos de trabajo y estructuras de andamiaje que alteraban la escala habitual del espacio.

El conjunto era majestuoso. El eje visual conducía inevitablemente al retablo mayor, más de veinte metros de altura de madera tallada, dorada y policromada, estructurada en cuerpos y calles que ascendían hasta fundirse con la arquitectura gótica.

Las escenas de la vida de Cristo se sucedían en paneles narrativos: la anunciación, la natividad, la pasión, la resurrección. Eran más que simples imágenes devocionales; eran catequesis esculpidas en relieve, diseñadas para instruir a una población que durante siglos no supo leer. Las figuras mantenían una frontalidad severa, con pliegues marcados y miradas que no se dirigían a los fieles, sino hacia lo trascendental, una realidad fuera del alcance humano.

El oro dominaba el conjunto como afirmación de poder. Cubría fondos y marcos, capturando cualquier fuente de luz y devolviéndola multiplicada. Bajo los focos instalados para la restauración, el retablo no parecía antiguo; la luz que devolvía el oro lo hacía parecer recién revelado, casi agresivo en su luminosidad. En el centro, el sagrario y el altar quedaban alineados con la nave principal. Por encima, la arquitectura gótica sostenía el conjunto con una lógica matemática de arbotantes y bóvedas nervadas que distribuían el peso hacia los contrafuertes exteriores. Nada en aquella composición era casual. Cada figura, cada tracería y cada escena obedecían a un programa iconográfico pensado para afirmar una idea concreta de orden y jerarquía.

Durante siglos, ese lugar había sido el corazón simbólico de Castilla. Allí se habían celebrado coronaciones, funerales de Estado, ceremonias vinculadas a la monarquía y al primado de España. Desde ese altar se había predicado la unidad doctrinal en una ciudad que durante generaciones fue escenario de encuentro y conflicto entre credos.

Pero aquel día era el escenario de un crimen.

Nada más verlo aparecer, un agente uniformado de la Policía Nacional se acercó.

–En la girola, inspector. Capilla lateral. Lo han encontrado esta mañana.

Aurelio asintió sin hacer preguntas todavía. Prefería ver antes de hablar.

Avanzó lentamente, evitando cables, tablones y zonas señalizadas. El suelo estaba revestido por planchas provisionales que amortiguaban el taconeo de sus zapatos. A medida que se acercaba por el deambulatorio, percibió un silencio cargado de expectación. Tras el coro, vio el perímetro. Los técnicos se movían con la torpeza inevitable que les permitían los monos desechables que vestían. Llevaban guantes de nitrilo azul. Algunos portaban mascarillas y gorros quirúrgicos; otros mantenían el rostro descubierto mientras revisaban sus notas. En la espalda de varios trajes se leía la inscripción POLICÍA CIENTÍFICA.

Uno de ellos trabajaba con una cámara réflex montada sobre un trípode, enfocando la escena desde distintos ángulos. Otro recorría el suelo ubicando marcadores numerados junto a cada posible indicio: una mancha, un objeto o una pequeña irregularidad en la superficie. A pocos metros, una joven agente extraía una muestra con pinzas metálicas y la introducía en una bolsa de pruebas.

Cerca del cadáver descansaban dos maletines abiertos. En su interior se distinguían pinceles para la detección de huellas, tubos de recogida, bolsas transparentes y etiquetas preparadas para registrar cada elemento recuperado durante la inspección ocular.

–Inspector, un par de fotografías más –informó un agente tras retirarse la mascarilla.

El obturador de la cámara volvió a sonar varias veces antes de que el técnico asintiera.

–Ahora sí, hemos terminado. –Le entregó un par de guantes de nitrilo y unas calzas azules para cubrir los zapatos–. Póngase esto, por favor.

Rara vez la brigada de Policía Científica se personaba con

esa premura en la escena de un crimen, motivo por el cual el inspector acostumbraba a llevar consigo los utensilios que acababan de facilitarle.

Aurelio se detuvo un instante antes de cruzar el umbral. La primera mirada siempre importaba. Después la escena se contaminaba de datos, voces e hipótesis.

Dio dos pasos.

–No lo toquéis –ordenó, sin apenas levantar la voz, con las manos aún a la espalda–. Hasta que yo escuche.

El cuerpo colgaba de la reja superior que cerraba la galería sobre la capilla de santa Lucía. Los brazos habían sido abiertos hasta quedar atrapados entre los barrotes de hierro, con cada antebrazo introducido por uno de los huecos y fijado por detrás con una ligadura que no se veía desde abajo. La propia estructura de la reja sostenía el peso del cadáver, a unos tres metros del suelo.

Las rodillas habían cedido por el peso y los pies quedaban suspendidos sobre el relieve de piedra que coronaba el arco de la capilla. Allí, una sucesión de figuras humanas esculpidas en caliza ocupaba pequeños nichos: cuerpos desnudos, gestos tensos, escenas que la iconografía medieval había empleado para representar las debilidades del hombre. Sobre aquella galería de pecados tallados en la piedra, los pies del cadáver encontraban su único punto de apoyo.

El rostro permanecía cubierto por una máscara deformada, proyectando una sonrisa que no transmitía alegría. El color rojo dominaba toda la superficie, un rojo mate, irregular, como si sucesivas capas de pintura hubieran intentado ocultar el deterioro. La nariz sobresalía hacia delante con una longitud antinatural, curvada ligeramente hacia abajo, como el pico de un animal carroñero. No era una forma grotesca por descuido; parecía diseñada para exagerar la figura humana hasta convertirla en algo incómodo de ver. En algo demoníaco.

Los ojos eran dos orificios negros. De lejos parecían simples huecos, pero al acercarse a la máscara transmitían la sensación de que alguien podía estar observando desde dentro sin ser visto. La sonrisa congelada dejaba ver una hilera irregular de dientes blancos pintados directamente sobre la superficie de la máscara.

De uno de los laterales pendía un cascabel inmóvil.

No había desorden alrededor. Ningún objeto desplazado. Ninguna señal de lucha visible.

La disposición era limpia.

Aurelio observó en silencio, recorriendo la escena sin mover aún los pies: la posición del cuerpo, la altura exacta, la simetría de las ataduras. No fue fácil contener su sobresalto. En más de treinta años de servicio no había presenciado nada parecido.

El subinspector de Seguridad Ciudadana, responsable del primer cordón policial, avanzó medio paso.

–No hemos tocado nada, inspector. Por cierto, feliz Navidad.

Aurelio asintió.

Se acercó lo suficiente para percibir el olor de la sangre. Tenía la costumbre de rodear cada cadáver en sentido contrario a las agujas del reloj. Siempre daba tres vueltas, no por superstición –odiaba esa palabra–, sino porque creía que los detalles se revelaban solo cuando uno forzaba al mundo a girar en sentido opuesto.

La túnica había sido abierta con un único corte, limpio y continuo, desde el cuello, de donde pendía una acreditación. La piel desnuda no mostraba señales de defensa, pero aquello era solo el principio.

En el pecho, una incisión trazaba un círculo de una precisión excepcional, como si hubiera sido delineado con un compás sobre plano. En el interior, varias palabras en latín se distribuían siguiendo una disposición meticulosa.

La sangre no se había derramado. Permanecía retenida en los surcos.

–¿Hora estimada?

–Entre la madrugada y las primeras horas de la mañana –respondió el forense desde la tribuna interior, varios metros por encima de él.

–¿Alguna hipótesis? –alzó la voz Aurelio.

–Hipótesis, sí. Certeza, ninguna. Para eso está la autopsia –dijo, inclinándose sobre la víctima, a escasos centímetros de él–. No hay signos evidentes de violencia que expliquen la muerte a primera vista… Ni hemorragias externas ni lesiones compatibles con asfixia o traumatismo.

Aurelio desvió la vista hacia el rostro, todavía marcado por la presión de la máscara.

–¿Y la máscara?

–Si hubo asfixia, no parece que fuera la causa de la muerte –aclaró el forense, sujetándose a la barandilla para acercarse todavía más al cadáver–. De la máscara se ocupará Científica, porque será útil para revelar fibras, ADN o huellas dactilares, pero…

–Pero ¿qué?

El forense carraspeó y apartó los mechones que le caían sobre la nuca.

–Me ha llamado la atención una punción. Es extremadamente limpia. Está en la base del cuello y es casi imperceptible.

Aurelio mantenía la mirada alta. Sobre su rostro se posaba una luz irisada, filtrada por alguna de las setecientas cincuenta vidrieras de la catedral.

–No hay inflamación alrededor –continuó el forense–. Ni reacción visible. Como si se hubiera producido sin encontrar resistencia.

–¿Alguna sustancia?

–Es pronto para afirmarlo, pero podríamos estar ante una

posible inhibición del sistema nervioso. Algo capaz de provocar una parada en cuestión de segundos.

Aurelio asintió.

–Quiero los resultados toxicológicos antes de que salgan del laboratorio –ordenó mientras se giraba hacia los agentes–. ¿Accesos?

–Controlados –respondió el subinspector–. Solo personal autorizado de la obra… en teoría.

Aurelio volvió a mirar el cuerpo, varios palmos sobre sus ojos, en una postura que evocaba una crucifixión.

–¿Quién lo ha encontrado?

–El equipo de restauración, al iniciar la jornada –contestó el subinspector–. Han avisado enseguida.

–¿Hoy? ¿En Navidad? Creía que la policía y el crimen organizado éramos los únicos condenados a trabajar.

–Y no le falta razón, inspector –corroboró el subinspector, echándose a reír–. Está prevista la visita de los nuncios apostólicos de España y Canadá en pocos días. Por eso llevan semanas trabajando a contrarreloj.

Volvió a instalarse el silencio.

Solo el obturador de la cámara, intermitente, lo quebraba.

Aurelio recorrió la capilla con la vista: los muros, el suelo, los ángulos muertos, la distancia hasta el pasillo. Calculaba recorridos posibles que desembocaban en hipótesis imposibles.

–¿Identificación? –preguntó finalmente.

El agente de la Policía Científica le dio un nombre.

–Mateo Castellanos. Restaurador principal de la intervención.

La respuesta no provocó ninguna reacción visible en Aurelio. Solo bajó levemente la mirada, el tiempo suficiente para registrar el dato en el lugar correcto de su memoria.

Volvió a observar la máscara.

El cascabel permanecía inmóvil.